

Andrés Leonardo Padilla Ramírez

Filósofo y Politólogo de la Pontificia Universidad Javeriana (Colombia).
Doctorando en Filosofía y Magíster en Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad de la Universidad de Buenos Aires (Argentina).

Editorial

El animal palpitaba en mis brazos con rumores de órganos vivos, calor, corazón, respiración, todo musical y silencioso al mismo tiempo.

Alejandra Pizarnik

Dedicado a la memoria de mi perro *Domingo*
(2009-2023)

El presente número esboza y acomuna multiplicidades irreductibles de voces que, a la par de hablar, quisieran también ulular, aullar, parlotear, bufar, croar, musitar, gruñir, ladrar y maullar. Trazos, apuntes y registros –en una especie de bosquejo de cuaderno de bitácora ornitológico– de las huellas de una singular *polyphōnía*: escrituras múltiples y voces diversas que se entrecruzan, se enredan, se llaman, se convocan, se remiten, se diferencian, se aproximan y también –¿por qué no habría de ser así? – se distancian. Cada voz –al modo de cada animal– arriesga un modo sensible de pensar-conocer-hacerse-con-un-mundo: un mundo entre multiplicidad de maneras de mundos posibles, modos plurales de existencia que son impelidos a *alzar la voz y levantar el vuelo* por la urgencia de reconocer que “es a través de la diferencia y dentro de lo diverso que se exalta la existencia / Lo Diverso decrece / He ahí el gran peligro” (Víctor Segalen citado en Bernabé, J. et al., 2011, p. 9).

Es la *in-quietud* animal aquella que, como incesante pre-texto, compone y entreteje las diversas escrituras acá inscritas. Preguntas por los diversos modos de ser de lo animal, modos no pocas veces avasallados, maltratados y arrasados en nombre de un histórica y políticamente constituido humano demasiado humano; cuestiones a propósito de a qué vidas se les permite ser vividas, lloradas, cuidadas; estremecimientos infringidos a “lo propio” de lo humano (aquella soberbia que impele a considerarse

centro, dueño y señor del resto de lo otro viviente): todas ellas son preguntas que continuamente recaen y se inscriben sobre cuerpos animales y vidas animalizadas; todas ellas son inquietudes que resuenan con las escrituras esbozadas en el presente número.

El número abre con el artículo “Alianzas salvajes. Hacia un animalismo decolonial, transfeminista y anticapacitista”, escrito a cuatro manos por Anahí Gabriela González y Martina Davidson. En él se aborda el modo como la categoría de “animalidad” ha sido repensada por diferentes minorías políticas en tanto *topos* en el que se interseccionan y atraviesan distintos ejes de opresión no-excluyentes y que determinan-clasifican ciertos cuerpos como apropiables-sacrificables. Dicho atravesamiento da cuenta de la urgencia de pensar el especismo en tanto artificio múltiple de ordenamiento de formas-de-vida, entramado constitutivo de violencias en el que se conjugan diversos criterios de jerarquización de cuerpos que exigen, a su vez, que las prácticas de resistencia arriesgadas a crear mundos más vivibles, tanto para minorías políticas como para los demás animales no humanos –*alianzas salvajes*–, sean arriesgadas y configuradas desde un “animalismo decolonial, antirracista, anticapacitista y transfeminista”. Animalismo, pues, como punto de convergencia de luchas transfeministas, antirracistas, anticapacitistas y populares, situadas en tanto potencias críticas de destabilización de ordenamientos violentos y arrasadores de todos aquellos cuerpos que se fugan constantemente de todo imperativo especista de un supuesto sujeto humano normal-universal.

Cassiana Lopes Stephan, en “Notas sobre nuestra ambivalencia o sobre el animal que nos habita: intersecciones furtivas entre Foucault, Butler, Telles y Lispector”, nos ofrece un –tan bello como potente– ejercicio de *pensamiento de la tensión* en el que las hibridaciones y contagios entre filosofía y literatura disparan crítica y creativamente el pensar-imaginar, todo ello en el marco de incesantes preguntas-cuestiones por las relaciones de sí consigo mismo, con los otros y con el mundo. Ejercicios escriturales-vitales arrojados a *con-mover* vida y pensamiento a partir de motivos conceptuales tales como la espiritualidad, las ambivalencias y la melancolía, y detonados por escrituras en atravesamientos tan fértiles como incesantes –Lispector, Foucault, Butler y Telles se entretejen entre sí–; afectos en tensión –amores medúsicos y amores narcisistas–, fuerzas que constituyen procesos de identificación y desidentificación de subjetividades en relación con la humanidad y la animalidad; esfuerzos y apuestas filosóficas-literarias-vitales por, quizás, arriesgar *otros* modos de vivir y actuar con ambivalencia: “Señalar la ambivalencia de los afectos respecto a la animalidad que atraviesa y nos constituye como humanas (...) la ambivalencia nos permite descaracterizar la lógica excluyente de los binarismos que distinguen claramente lo femenino de lo masculino, lo animal de lo humano, el amor de la amistad, el yo del otro (...) Los opuestos, en lugar de anularse, se atraen mediante un juego agonístico que los pone en tensión”.

En su artículo “Pensar (con) lo animal”, Jonathan Caudillo invita al lector a realizar un recorrido por distintos momentos puntuales de la historia de la filosofía, teniendo como motivo guía de travesía la figura de lo animal: presencia inquietante en la historia del pensamiento que, lejos de ser reducida a un mero ejercicio de rastreo teórico

abstracto-conceptual, interpela y perturba las prácticas y relaciones que sostenemos con los vivientes animales. El animal humano ha constituido y establecido históricamente una relación de instrumentalidad para con todo el resto de formas de lo viviente –también para con el animal que es y no deja de ser–. El artículo busca –a través de un ensamblaje polifónico de voces: Platón, Esposito, Derrida, Deleuze, Von Uexküll– dar cuenta de *otra* manera de establecer relaciones con la animalidad en tanto otredad inapropiable, alteridad de inquietud inerradicable que escapa continuamente a todo esfuerzo del animal humano por instrumentalizarla, calcularla y capturarla: lo humano, en tanto construcción histórico-política puntual, no agota ni la multiplicidad vital que somos, ni la multiplicidad diversa de lo viviente-otro: los mundos plurales –y en incesante composición– de lo animal.

Micaela Anzoátegui, en su artículo “Lamiendo las heridas de una vieja revolución: el problema de la (no) comprensión de la teoría evolutiva de Darwin”, convoca la figura del naturalista inglés en un ejercicio por hacer temblar y desestabilizar la arrogante pretensión antropocéntrica de excepcionalidad humana. Realizando, por una parte, un enriquecido recorrido por algunos de los postulados de la teoría evolutiva más reciente y, por otra parte, rastreando cómo se ha recibido –anacrónica y sesgadamente– en ciertos sectores de la opinión pública la “teoría de la evolución”, la filósofa argentina dota de una actualidad interpelante al *corpus* teórico darwiniano a la hora de pensar críticamente el concepto hegemónico y jerárquico de lo humano (y los efectos concretos que de este se derivan en situaciones y prácticas cotidianas). Desde lo planteado por el naturalista inglés –y siguiendo las fecundas líneas de Anzoátegui–, se habilita el necesario reconocimiento de la existencia de *formas-otras* de vida en el planeta, todo ello desde un naturalismo materialista que, confrontando a un antropocentrismo erigido como sombra de Dios y deudor de un naturalismo esencialista-metafísico, descentra y hiere el narcisismo humano-humanista en una incesante revolución político-epistémica.

En “Figuración posthumanoanimal. Una mirada sobre la obra visual y performática de *El Pelele*”, Andrea Torrano compone un fértil entramado conceptual-sensorial en el que se interseccionan y atraviesan, por una parte, el posthumanismo crítico de Rosi Braidotti y, por otra parte, la obra artística, visual y performática –en todo caso, intervenciones y experimentaciones estético-políticas– de *El Pelele*. En su escritura, la filósofa argentina propone la *figuración posthumanoanimal* como un modo de dar cuenta de la subjetividad alternativa contemporánea que, en claro distanciamiento con respecto a un sujeto humano-universal-independiente-determinante de la existencia, se caracteriza tanto por una hibridación y co-constitución humano-animal, como por una “transformación del sujeto sobre sí mismo y con otros”. Si lo humano en tanto medida de todas las cosas se erigió como centro fundante-dominante de todo lo existente –este último devenido mero recurso *a la mano*–, el posthumanismo critica y devela el autopoicionamiento andro-antropo-eurocéntrico de un supuesto sujeto universal, teniendo por interés habilitar transformaciones ontológicas, epistemológicas, éticas y políticas. En este marco de ideas, las composiciones artísticas de *El Pelele* desarrollarían y posibilitarían otras formas de ser y de sentir, interrumpiendo ciertas

distribuciones de lo sensible con la irrupción de cuerpos que, a la vez que cuestionan ordenamientos de lo sensible, también constituyen aperturas a otras posibilidades y experiencias estético-vitales.

Ariel Lugo, en “Ontología política, democracia y animalidad”, retomando y explicitando algunas nociones de ontología política –principalmente provenientes del *corpus* teórico derridiano–, abre la pregunta por un *mundo por venir* acompañado de los planteamientos de Viveiros de Castro y Danowski; *mundo por venir* a la par que *democracia por venir*: una democracia que tienda siempre a la democratización, donde la llamada del otro no sea reducida, exclusivamente, a la llamada humana (instancia de sojuzgamiento y sacrificio de todo lo *otro viviente* en nombre de un sujeto humano); *topos*, pues, de discusión y diferencia donde la inquietante alteridad de lo animal, del *animote*, no ha de ser arrasada y (se) resiste a todo ejercicio de autoridad.

El número se cierra con la voz de la filósofa colombiana Alejandra Marín Pineda, en un diálogo a propósito de su libro *Ferocidad y mansedumbre. Exploraciones poéticas de lo animal en el teatro contemporáneo sobre la violencia en Colombia* en el que se rastrean motivos que continuamente resuenan en sus exploraciones poé-políticas de la animalidad: incesantes atravesamientos entre arte, teatro, política, violencia y filosofía que toman como piedra angular la irrupción de los cuerpos animales; un recorrido por diversas obras teatrales contemporáneas colombianas (entre ellas *La técnica del hombre blanco* de Víctor Viviescas; *De peinetas que hablan y otras rarezas* y *Gallina y el otro* de Carolina Vivas; *Cada vez que ladran los perros* de Fabio Rubiano) que se presentan en tanto inquietantes bestiarios ontológico-políticos que continuamente se preguntan sobre cómo poetizar algo que resulta im-poetizable, cómo no guardar silencio sobre la violencia sin por ello revictimizar a quienes la han padecido; la irrupción de lo animal-animalizado en tanto cuerpos que hacen palpable cierta vulnerabilidad compartida; desplazamiento del *logos* –aquello considerado como propiamente humano– hacia lo animal; y dispositivos de humanización y animalización. Interrogaciones, pues, atravesadas por lo animal a propósito de descentramientos posibles de lo humano y prácticas de suspensión de una supuesta excepcionalidad humana.

A cada una de las voces acá expuestas un agradecimiento por posibilitar –tanto en mí como en quienes accedan a su atenta escucha– tanta pluralidad de vida como nidos de palabras. Agradezco especialmente a Sergio Salgado y a Ricardo Hernández por toda la disposición y esfuerzos para hacer posible el presente número.

Referencias

Bernabé, J. et al. (2011). *Elogio de la creolidad*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.